

Lengua y literatura de los irlandeses en la Argentina

Juan José Delaney

Es conocida la historia de los irlandeses que dejaron su patria a raíz de distintas crisis socio-económicas que hicieron eclosión con la Gran Hambruna (1845-1849) y emigraron, entonces, a Inglaterra, Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda; también se sabe que este proceso persistió durante muchos años y que se extendió hasta principios del siglo XX.

Acaso por ser numéricamente incomparable, menos atención y fama merecieron los irlandeses que eligieron como tierra para sus sueños a un remoto país sudamericano llamado Argentina que desde su independencia ofreció enormes extensiones de tierra, profesó la religión católica y recibió, especialmente durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, un aluvión inmigratorio integrado mayoritariamente por españoles e italianos. Una barrera aparentemente infranqueable pudo haber desanimado las aspiraciones de los inmigrantes irlandeses: la lengua española del país anfitrión.

Hoy aproximadamente 300.000 argentinos se reconocen descendientes directos o indirectos de irlandeses, por lo que también Irlanda justifica aquella definición de Jorge Luis Borges según la cual somos “Europeos en el exilio”. Ahora bien, ¿de qué manera se organizaron aquellos irlandeses y cómo se relacionaron con las demás colectividades que dieron forma al “melting pot” sudamericano? ¿Cómo sortearon las barreras lingüísticas y qué ocurrió con su propia lengua? ¿Cuáles fueron sus manifestaciones literarias y cuál fue, en fin, su aporte literario al país que los recibió? Una aproximación a las posibles respuestas del cuestionario es el propósito de este artículo.

Repasemos, por de pronto, aspectos históricos que importan al asunto.

La prehistoria de esta historia debemos buscarla no en los insulares irlandeses que se filtraron con los conquistadores y evangelizadores españoles de los tiempos de la colonia (el primer irlandés registrado como tal fue el jesuita Thomas Field, de Limerick, pero se sabe que John y Thomas Farrel estuvieron en la fundación de Buenos Aires en 1536, y Rita O'Doghan –bisabuela de José Hernández, autor del *Martín Fierro*– se había casado en Buenos Aires en 1769 con Juan Martín Pueyrredón y era bisnieta de irlandeses...), sino en las dos fallidas invasiones inglesas a Buenos Aires en los años 1806 y 1807, comandadas por el irlandés William Carr Beresford y John Whitelocke, respectivamente. Tras las derrotas, no pocos mercenarios irlandeses, que habían integrado las fuerzas invasoras, optaron por

permanecer en la extraña tierra que habían asaltado. Dispersos por el enorme territorio, algunos de ellos castellanizaron sus apellidos: Queenfaith, probablemente Kennefeaky en su origen, pasó a ser Reynafé; Campbell, Campana y McGowan, Gaona, entre muchos otros. Este hecho resulta harto simbólico y va más allá de la mera traducción de apellidos acaso impronunciables para los criollos; excede, por cierto, el aparente cambio de identidad y significa la mostración fáctica de la voluntad que, poco a poco, habría de caracterizar a gran parte de los inmigrantes irlandeses: la de integrarse a la nueva tierra, alistándose junto a sus generosos habitantes, comulgando con sus aspiraciones y luchas.

Así es que, entre otros, encontramos que un tal Santiago Spencer Wilde, llegado a principios del siglo XIX para fundar el Banco Oficial, se casó en segundas nupcias con una criolla y en 1818 dio a conocer las comedias *Las dos tocayas* y *La quincallería* en el Coliseo de Buenos Aires, y fue padre de José Antonio, autor de *Buenos Aires desde setenta años atrás* (1881), y tío de Eduardo, autor de *Aguas abajo*, quien, además de ser uno de los prohombres de los prósperos ochenta del siglo XIX, enriqueció nuestra literatura con páginas en las que el humor, infrecuente en las letras argentinas, ocupa un lugar destacado. (Todos ellos concibieron sus obras en castellano y, en rigor, no se inscriben dentro del fenómeno específico que examino, pero mencionándolos busco ilustrar una presencia irlandesa en el Río de la Plata antes del aluvión inmigratorio). William Brown (1777-1857), por otro lado, luchó con los patriotas por la Emancipación, fundó la Armada Nacional y fue Gobernador de la Provincia de Buenos Aires en 1826, y otro tanto hizo John Thomond O'Brien (1786-1861), edecán del Libertador General José de San Martín. Recordemos, también, el impresionante drama originado por el sacerdote católico Ladislao Gutiérrez quien se fugó con su audaz amante Camila O'Gorman, los cuales, tras la delación del sacerdote Michael Gannon, y la asesoría del jurista Dalmacio Vélez Sarsfield, alimentaron la sed de sangre del dictador don Juan Manuel de Rosas, quien los apresó e hizo fusilar, estando ella embarazada. Tres apellidos irlandeses dan vida a esta tragedia sudamericana de 1848.

Aunque cifras y circunstancias difieran, resulta claro que hacia 1820 existía en el país una colectividad más o menos importante de irlandeses, concentrados especialmente en la Ciudad de Buenos Aires y cuyos orígenes se pierden en los tiempos de la colonia, y que no habían extendido aún sus intereses a la cría de ganado ovino, su especialidad.

Más allá de la lejanía, de las barreras idiomáticas y de las costumbres tan distintas, la fama de un país rico, extenso y próspero que se desarrollaba vertiginosamente sedujo a aquellas víctimas de las crisis, de la pobreza y del hambre. Este prestigio fue alimentado por los integrantes de la pequeña comunidad establecida ya en el país en las más o menos azarosas circunstancias indicadas. Testimonios orales, cartas, muestras inequívocas de prosperidad y ayudas concretas para que parientes

y amigos los imitaran, fueron algunos de los componentes de ese primitivo núcleo, el motor inicial de la masiva inmigración. Más adelante, la promoción por parte de eclesiásticos establecidos en el país para asistir a sus compatriotas, y las noticias o propaganda subliminal del diario argentino en lengua inglesa "The Standard" contribuyeron grandemente a que, según Korol y Sábato,¹ durante el siglo XIX entre 10.500 y 11.500 hijos de Erín llegaran al país, incluyendo, muy probablemente, a los "equivocados", que se embarcaron creyendo que su destino era Estados Unidos o Canadá. (Todas estas cifras deben ser tomadas con cautela, ya que la información oficial solía incluir indistintamente a irlandeses e ingleses en la bolsa de los "británicos"). Comparada con la inmigración irlandesa que tuvo lugar en otros lugares como Inglaterra, Estados Unidos, Canadá o Australia, y aun con la de otras nacionalidades en la propia Argentina, se trató de un grupo reducido. Según estimaciones de la época habría habido en la década de 1890, aproximadamente, 75.000 almas irlandesas concentradas básicamente en la provincia de Buenos Aires y más tarde, aunque en menor proporción, en el sur de la provincia de Santa Fe.

¿Cuál fue la relación inicial de estos hombres y mujeres con sus semejantes sudamericanos?

Como sucede con toda comunidad pequeña en zonas extrañas o adversas – pienso en los llamados "gauchos judíos" establecidos en Entre Ríos durante aproximadamente esta misma época (1899)– también la de los irlandeses juntó fuerzas para enfrentar el aislamiento lingüístico, las diferencias de costumbres y cultura y la nostalgia agravada por la enorme distancia, congregándose, aislándose. Inevitablemente ellos lo hicieron alrededor de la Iglesia Católica. Acaso también por el carácter epidérmico del catolicismo de los argentinos, la relación con los eclesiásticos criollos les resultó insatisfactoria. Querían, además, sacerdotes que hablaran su lengua y conocieran sus costumbres. El resultado fue el envío de sucesivos capellanes irlandeses que fueron no sólo pastores espirituales sino también líderes civiles en frecuente contacto con el poder. Esto originó dos situaciones aparentemente contradictorias: por un lado, la figura del sacerdote que solucionaba o atenuaba todo tipo de problemas y dificultades y ayudaba a consolidar la integración de los recién venidos; aunque, por el otro, al constituirse en casamentero, confesor, asistente financiero, etc., el sacerdote dificultaba, quizá inevitablemente, ese proceso, por cuanto sorteaba situaciones que hubieran acelerado la interrelación.

Debido a que los que llegaban desconocían la lengua, lo que hacían inmediatamente era vincularse con sus compatriotas; primero en la pensión, luego en el trabajo y, más tarde, con las pocas mujeres que había, en comparación con los hombres. Las audaces jóvenes que cruzaban el océano para tentar fortuna solían alojarse también en pensiones para señoritas hasta que se ubicaban como gobernantas, institutrices o, en el mejor de los casos, profesoras o maestras de inglés. Como la oferta masculina era mucha y el prejuicio contra los "natives" también,

terminaban casándose con algún paisano en el país de adopción, resignando el proyecto inicial de volverse a Irlanda con cierta fortuna. En cuanto a ellos, las tareas del campo no favorecían la actividad social. Más aún, los confinaban a una soledad esencial de la que muchos trataban de escapar mediante el alcohol y para cuyos peligros la formación de una familia aparecía como opción natural y positiva. El trabajo y la distancia impedían los rodeos, por lo que cuando decidían casarse se llegaban a la ciudad y encargaban directamente a los capellanes que intervinieran en la pesquisa. El dominico Anthony Fahey, que llegó al país en 1844 como capellán y con funciones múltiples dentro de la colonia irlandesa y murió en 1871 víctima de la fiebre amarilla, por ejemplo, tuvo mucho que ver en la constitución de más de un matrimonio. Fahey venía de EE.UU., donde había asistido a los ghettos de irlandeses de Nueva York y de Chicago, y porque no quería que esos riesgosos conglomerados se repitieran en Buenos Aires, instaba a sus compatriotas a que se largaran a la inmensidad pampeana donde las posibilidades eran muchas.

En otro sentido, la soledad casi inherente a la condición del inmigrante, aunada a los límites idiomáticos y al aislamiento que siempre la pampa provoca, habría de ser determinante en el carácter melancólico y no pocas veces pesimista de gran parte de sus expresiones literarias. La familia fue así, naturalmente, la primera guardiana de la lengua. En su gran mayoría, los inmigrantes irlandeses no practicaban el irlandés sino el inglés de sus lugares de proveniencia, con sus giros y jergas: principalmente el de las provincias de Leinster (condados de Westmeath, Wicklow y Wexford) y de Munster (condado de Cork). Las peculiaridades idiomáticas de cada una de esas regiones confluían en la pampa sudamericana y, conjugándose con el castellano, el gauchesco y aún el fragmentario irlandés, producirán una miscelánea de curiosas características que, a diferencia de otros procesos (el hebreo respecto del alemán que produjo el *yiddish*, por mencionar uno) careció de la fuerza para crear un nuevo idioma que se impusiera o por lo menos una jerga persistente (como lo fue el lunfardo para los inmigrantes italianos de baja estofa), aunque sí una curiosa conjunción –llamémosla Hiberno-inglés (Irish-English)- sobre la que volveré. Este fenómeno debe verse como reflejo de lo ocurrido con sus hablantes, quienes al integrarse lentamente con criollos y miembros de otras colectividades, contribuyeron a la formación de ese dialecto español que es el idioma de los argentinos. *Las fluctuaciones idiomáticas de los inmigrantes irlandeses reflejan, entonces, los vaivenes y contingencias de su lenta integración con el país.*

En la autobiografía titulada *Far Away and Long Ago* (1918), en la que da cuenta de sus primeros años en Argentina, W. H. Hudson (1841-1922) se refiere con cierta piedad a aquellos seres trashumantes que, habiendo fracasado en otras tareas (o en casi todas) dedicaban sus días a transitar los campos porteños en su condición de maestros. Ellos eran los preceptores. Ayudaron en la educación de los niños de campesinos de habla inglesa y su audacia los llevaba a incursionar en toda clase de

disciplinas. No pocas veces amigos del alcohol y del ocio, cumplieron una función limitada.

Un nieto de irlandeses de Venado Tuerto (provincia de Santa Fe) recuerda aquellos extraños y lejanos tiempos:

*Para la educación en el campo, supimos tener institutrices para aprender a hablar bien el inglés y todo eso... Había una, Miss Cook, que era inglesa, baja de estatura, muy buena mujer pero muy estricta. Tenía una habitación dentro del casco y nos atendía a nosotros. Era soltera. Después se fue a Inglaterra a pasear en barco, y resulta que se enamoró del capitán, se casó y se quedó viviendo en Inglaterra. No vino nunca más, pero le escribía muchas cartas a mi madre...
... Venían también los maestros crotos, había uno que creo era Welch de apellido, y andaba como los linyeras... ¡pero era maestro! A nosotros nos dio unas cuantas clases en una mesa que ponía mi padre. Llegaba todos los años, pasaba una época en casa haciendo de maestro, juntaba unos mangos, y se iba derecho al pueblo, a Maggiolo, al boliche, a gastar la plata.*

Pero en cuanto a la comunidad hiberno-argentina, su crecimiento y desarrollo forzaron la necesidad de instituciones educativas debidamente organizadas. La primera respuesta a esta urgencia fue la llegada de las Hermanas de la Misericordia en 1856, quienes se pusieron a las órdenes del padre Fahey para terminar concentrándose en la educación: fueron ellas responsables del Instituto Mater Misericordiae (1897), del Santa María de la Asunción (1901), en San Antonio de Areco y el St. Brigid's del que se hicieron cargo en 1902. Otras congregaciones como los pasionistas y los palotinos, a las que se sumaron laicos, expandieron los centros educacionales; recordemos el St. Paul, de Capitán Sarmiento, el Instituto Fahy (sic), en Moreno, el Colegio San Patricio, en Mercedes, el Michael Ham, de Vicente López y los capitalinos Keating y St. Ciaran's y, más tarde, el Cardenal Newman, de Boulogne, entre otros. Paradójicamente, algunos de estos colegios que fueron concebidos para los hijos de inmigrantes, la mayoría de ellos muy pobres, hoy son centros exclusivos de enseñanza con exámenes internacionales como el IGCSE o el IB, para la formación de estudiantes que se preparan para conformar la clase dirigente, seguir estudios en el exterior o que sueñan con dejar el país. Pero lo cierto es que, en su momento, cumplieron las funciones para las que fueron creadas y, aunque no haya sido su declarado propósito, contribuyeron a aislar a la colectividad irlandesa de los demás habitantes del país. Estas instituciones fueron responsables de que durante muchísimos años —y aún en la actualidad— gente que jamás había viajado a Irlanda tuviera y tenga acento irlandés. Más de un extranjero se ha sorprendido de encontrar en la pampa vestigios vivientes de un inglés o hiberno-inglés que por su sintaxis, modismos y vocabulario se constituyen en monumentos de un habla secular. No obstante, la cuestión educativa fue para muchos asunto de debate. En la carta que sigue —publicada en las páginas 10 y 11 del "The

Hiberno-Argentine Review", del 14 de diciembre de 1906– se sintetiza el sentir de muchos respecto del camino a seguir:

Among the Irish-Argentine community many parents there are, who get a school master to teach their children, or will send them to a school where they will receive all instructions in the English language, and probably learn the history and geography of Ireland; but they will not receive one single lesson in the National language, much less be instructed in the slightest degree in the history or geography of the land of their birth.

This is a great mistake, a mistake which the child will regret in after years, and even may be the cause of its failure. For a proper education in the language and history of ones country will always be a help to satisfy our necessities, and very often is the cause of success in life. (...)

It is not my intention in the foregoing to approve or disapprove of the actions of parents or of those who manage the Institutions, but it is simply my desire to reiterate the opinions already sincerely expressed that the children are Argentines, and should therefore be educated principally in the language etc of their country, and instil into their minds a holy love for the land of their birth, and secondly for that of their fathers and forefathers, for if they don't first learn to love their own country, much less will they love that of their parentes, and therefore they will not be in heart either Argentine or Irish.

A. McHana³

He aquí algunos textos y autores que, examinados en las instituciones mencionadas hasta muy avanzado el siglo XX, contribuyeron a la formación de más de una generación de hiberno argentinos: *Imitation of Christ, How to Converse with God, Voices from Purgatory, The Catholic Girl in the World, Life of St Paul of the Cross, Life of Don Bosco, Life of St. Patrick, Royal Readers* (Christian Bros. School Books), poemarios de Alfred Tennyson, Thomas Moore, William Wordsworth, Oliver Goldsmith y novelas de autores victorianos: las Brontë, William Thackeray y muy especialmente Charles Dickens.

Por sobre la severa elección de textos, desde el púlpito, desde el caballo o desde los incipientes medios de la época, la Iglesia Católica buscaba controlar libros y costumbres. Veamos, por ejemplo, la severa amonestación publicada en "The Hiberno-Argentine Review" acerca del peligro que entrañan ciertas lecturas:

His Grace Most Rev. Dr. Walsh

Archbishop of Dublin

On Objectionable Literature

"Infidel works and tracts, and immoral (sic) poetry and romances, whick (sic) undermine faith, darken the understanding, and corrupt the heart, should be carefully excluded from Christian homes. Head of families should prevent their children from reading newspapers or periodicals containing irreligious or immoral matter. (...)." ⁴

Por acción y reacción, la formación impartida por las instituciones que se ocuparon de los hijos de inmigrantes irlandeses producirá en quienes más tarde tentarían la literatura obras disímiles aunque en lo hondo persistan características comunes que, a propósito de los autores más significativos, oportunamente señalaré. En cuanto a la teología, las líneas que siguen, que corresponden a la carta de un lector publicada en la página 9 del "The Hiberno Argentine Review", del 19 de abril de 1907, expresa, en su sencillez, el sentimiento generalizado acerca de verdades que muy pocos habrían de cuestionar:

"In your last issue appeared an article on 'New Theology'. Pardon me, Mr Editor, but I think it was too high for us camp people.

Plunket's catechism is good enough for us. An Irish yarn, or camp story, to make us laugh on Sunday afternoon is what we like".⁵

Mientras estos acontecimientos socio-culturales venían desarrollándose, un inmigrante solitario de apenas dieciocho años, seguramente sin proponérselo, empezaba a darle forma al primer documento literario importante de la inmigración irlandesa en la Argentina. Me refiero a las memorias de John Brabazon (Condado de Westmeath, 1827 – Buenos Aires, 1913) que empezara en 1845 y que lamentablemente abandonó en 1864. El texto fue publicado en castellano en 1981, gracias a la inquietud de sus descendientes quienes se lo entregaron a Eduardo Coghlan que lo tradujo, superando errores de construcción y disimulando en sus comentarios los de ortografía, lo prologó y anotó. Publicado con el título de *Andanzas de un irlandés en el campo porteño (1845-1864)* la obra de Brabazon constituye no sólo un minucioso documento de las peripecias que seguramente muchos paisanos debieron sortear en su intento de forjarse un destino de productores ganaderos sino también una verdadera fiesta de estilo, ingenio y ritmo narrativo. En rigor, el título, o subtítulo, con que el escritor bautizó su obra es *The Customs and Habits of the Country of Buenos Aires from the Year 1845 by John Brabazon, and his own adventures*, y en ella conviven lo cómico, lo trágico y la lenta sorpresa frente a costumbres y personajes típicamente criollos.

Pese a la sucesión de adversidades, el optimismo campea en todo el texto. El escritor da cuenta de episodios delictuosos o directamente criminales con impasibilidad kafkiana, pero depone esa actitud y se revela sorprendido frente a las arbitrariedades de esa deleznable figura tan sudamericana, la del dictador. Sus notas coinciden con el sangriento tiempo de don Juan Manuel de Rosas, y aunque querido por muchos irlandeses debido a que defendía sus campos de los malones, el autor se sorprende de la capacidad que tiene el tirano para avasallar las vidas de personas naturalmente libres.

Todo el libro sostiene el interés por medio de la acción o de las reflexiones relativas a la historia y a la relación entre grupos humanos de extracción racial diversa. Cuenta así cómo en una de sus primeras transacciones adquiere lana de la

viuda de un tal Colman, nativa, cuyo marido había venido con la invasión del general Whitelocke; en 1849 medita sobre la situación porteña que estaba mejorando porque Rosas no era, entonces, tan malo y la población era más culta; revela que en 1847 los campos porteños valían poco y nada; describe la actividad de las casamenteras; testimonia el descenso de la popularidad de Rosas luego del fusilamiento de Camila O’Gorman; se refiere al asesinato de su esposa y de su cuñada y, casi al final, se detiene en una fiesta de la estancia que administraba y en la que convivían trabajadores de distintas nacionalidades, por lo que en el comedor se escuchaba hablar en francés, alemán, inglés, dialectos y diversas lenguas indias. Este pasaje es significativo, ya que el protagonista contribuyó a dar vida a lo que bien podría denominarse “*melting pot* sudamericano”. Aunque distingue a los criollos de los inmigrantes, la memoria de Brabazon no es maniquea. En su libro viven irlandeses desagradecidos con el país que los recibió e incluso borrachines, peleadores, vagos, jugadores y hombres de armas llevar. En todos los casos el autor se pone del lado de los criollos, destacando su paciencia y hombría de bien. El libro de Brabazon tiene mucho de novela de iniciación, por cuanto pasa revista a una serie de pruebas que el autor/narrador-protagonista va sorteando en busca del autoconocimiento, del progreso económico y del propio destino.

Por encima de su efectividad narrativa, las memorias del reciénvenido importan como documento histórico y crónica de un camino que fue el de muchos. En otro sentido, la escritura misma es reveladora de la psicología de cierto tipo de inmigrante: el que se empeñó en vencer obstáculos para integrarse a la nueva tierra, aislándose de criollos y compatriotas malos, jugadores o viciosos. En este contexto, la adquisición de la lengua parece el principal escollo; la relación de cuyas primeras dificultades y tentativas de posesión resultan llamativas por su tenacidad –por ejemplo cuando negocia con un tal Luciano la enseñanza del inglés a cambio del aprendizaje del español– y por su gracia. En cuanto a lo demás, el cuaderno de John Brabazon prueba, otra vez, que todos tenemos por lo menos una historia que contar: la propia.

En 1861 Edward Thomas Mulhall (1832-1899),⁵ acompañado al principio por su hermano Michael, fundó un semanario que terminaría siendo el primer diario de habla inglesa en sudamérica: “The Weekly Standard”, luego “The Standard” que se editó hasta 1959 y que se ocupaba de noticias generales (negocios, viajes, embarques, avisos clasificados, necrológicas, etc.) acentuando las relativas al Reino Unido y EE.UU. en función de negocios. Aunque católico y dublinense, Edward Mulhall no concibió sus páginas para los irlandeses que buscaban insertarse en la sociedad argentina sino que lo movía un fin comercial según lo muestra, también, el hecho de que empezara siendo bilingüe: inglés y francés, con algunos avisos en castellano. Era, en verdad, “a splendid English commercial newspaper”, como lo definió “The Hiberno-Argentine Review”.⁶ Ciertamente es; sin embargo, que –junto con

las sucesivas ediciones del “Handbook of the River Plate Republics” – tuvo que ver en la difusión, entre europeos y norteamericanos, de los éxitos económicos de sus paisanos, algunos convertidos en estancieros, moviendo, así, a inmigrantes dubitativos. En otro sentido, la condición irlandesa del director no le impedía autorizar la publicación de avisos como el siguiente:

*WANTED, at once, a young nursemaid of smart appearance who must either be English or speak English correctly, to look after child of one year. Irish nursemaids need not apply. Salary \$ 60 per month. Apply at Calle Rivadavia 3391.*⁷

La exclusión tiene que ver con el habla de los inmigrantes irlandeses, con el denominado “Irish brogue”, jerga diversificada por la geografía muy especialmente en el acento: el que caracterizó y aún caracteriza a los provenientes de Westmeath y Longford, por ejemplo, que no dejó de sorprender a los argentinos cultos de la época que buscaban darles a sus hijos una educación “inglesa”. Jugaron en su contra, además, las infiltradas voces irlandesas y las tomadas de nativos urbanos o rurales. Si a esto se suman los neologismos tan caros a los inmigrantes, se podrá tener una idea de las características del idioma de los hiberno-argentinos, tan distinto del “impoluto” y a veces solemne habla inglesa de los ámbitos diplomático y comercial. Ciertamente los hablantes urbanos fueron los más conscientes de esta diferencia, de ahí que en su intención de escalar posiciones en compañías inglesas o norteamericanas a veces no vacilaran en aceptar o promover el apelativo de “ingleses”.

Desde el principio la lengua de los irlandeses se mostró permeable y la integración con los “natives” o miembros de otras corrientes inmigratorias tuvo su inevitable correlato en la incorporación de voces “extrañas”. Este fenómeno originó expresiones y grafías defectuosas o directamente neologismos.

Veamos una muestra:

a) Voces: “nap”: italiano (probablemente originada en “Naples”, Nápoles; “gushing”: español (acaso derivada del verbo “gush”: hablar con excesivo entusiasmo; “turk”: integrante de cualquier comunidad de origen árabe; “russian”: referida a judíos de cualquier origen; “camp”: derivada del castellano “campo”; “department”: para aludir a un inmueble departamento, en lugar de “apartment” o “flat”; “mopa” (del inglés “mope”: persona “apática”, “indolente”) con su correspondiente superlativo: “mopazo”; “grip”: “gripe”, en vez del inglés “flu”; “buck”: joven indio o negro; “bucktoes”: según William Bulfin, autor de *Tales of the Pampas* “es la forma coloquial mediante la cual los Hiberno-argentinos aluden a los ciudadanos de extracción gaucha”.⁸

b) Giros idiomáticos: “What, *che?*”; interpolaciones: “I’m afraid the food won’t *alcanzar*” (“Temo que la comida no alcance”); “He is not moving, for the *momento*” (“Por el momento no se va a mudar”); “That book is no good. Through it to the *basura*” (“Ese libro no es bueno. Tiralo a la basura”); “Tickets for the *asado* can be

obtained at..." ("Los vales para el asado pueden obtenerse en..."); "Love and kisses from Susie, for *Papa, Mama* and Charley. Mind yourself. *Chau*". (Cariños y besos de Susie para Papá, Mamá y Charley. Cuidense. Chau"), (De una carta familiar fechada el 23 de marzo de 1953); "(...) and if a mix were to take place before the lambs were *señalled*..." (Bulfin, pág. 231). ("y si se los iba a mezclar antes de que las ovejas fueran a la yerra..."; "Qué man!" (Bulfin, pág. 245) ("¡Qué hombre!").

c) Traslaciones:

-(Conversación telefónica) "*Give me with Jane*" (del castellano: "Pásame con Juana", en lugar de "Put me through to Jane");

-Pregunta: "How do you feel?" ("¿Cómo se siente?")

Respuesta: "*Well*" (del castellano "bien", en lugar de "fine").

-"Peter got down *from* the bus" ("Pedro descendió del bus, en lugar de "Peter got off the bus").

-Pregunta: "What happened to the old man?"

Respuesta: Then I'll tell you (en lugar de: "I'll tell you later").

d) Incorporación de la cuestión retórica "¿no?"

-"How do you do? It is a nice day, *no*? ("¿Cómo le va? Es un lindo día, ¿no?". (Kathleen Nevin: *You'll Never Go Back*, página 123).

d) Spanglish: aunque esta modalidad portorriqueña consistente en combinar el castellano y el inglés mediante traslaciones o combinaciones no fue muy frecuente, algunas voces se han filtrado, por ejemplo "tipear" (del verbo "to type", en vez de mecanografiar).

e) Palabras irlandesas: "*Musha!*" (interjección que sugiere aceptación de una determinada situación).

Varios periódicos se pusieron al servicio de las necesidades e inquietudes de la comunidad irlandesa en la Argentina: "The Hiberno Argentine Review", 'a non-political weekly' (sic), cuyo acápite expresaba: "In necesarilla Unitas, In dubiis Libertas, In ómnibus Caritas" y que fue absorbido por "The Argentine Review", y "Fianna", órgano nacionalista que apareció con el específico fin de evitar que se vendiera el St. Brigid's School y que, cumplida esa misión, desapareció. Estas tres publicaciones aparecían en inglés y brindaban información local y general levantada de medios extranjeros. Pero en realidad el periódico que más estuvo cerca de la comunidad hiberno-argentina, que mejor la representó y expresó sus fluctuaciones fue, y sigue siendo, "The Southern Cross".

Fundado en 1875 por Monseñor Patrick J. Dillon, "The Southern Cross" constituyó, en efecto, el verdadero termómetro de las vacilaciones, oscilaciones y lenta integración de la colectividad irlandesa con el resto de la sociedad argentina. Cartas, noticias sociales, deportivas, religiosas, políticas y culturales dan cuenta de ello. Pero mucho más sutil y elocuente es el proceso lingüístico que lentamente

muestra expropiaciones, rescate de arcaísmos, creación de neologismos y, al convertirse en bilingüe, la publicación se preparaba para terminar siendo publicada en castellano (o argentino), con la excepción de cartas o colaboraciones espontáneas remitidas en inglés. Federico Richards fue quien dio al periódico el impulso final, recuperando así a lectores hiberno argentinos que habían perdido el inglés. Durante su gestión fijó como acápite del periódico una sentencia del periodista político José Manuel Estrada: "Tengo orgullo de mi estirpe, de mi raza y de mi patria"; esto refleja una honda realidad: la total integración de los descendientes de irlandeses al país adoptado por los antepasados. Más que eso, "The Southern Cross", por su intención y permanencia, constituyó una verdadera radiografía del alma del inmigrante irlandés en la argentina, acaso la tribuna única en la que cualquier miembro de la comunidad podía decir su palabra y expresar, también, sus contradicciones. Este cronista ha escuchado testimonios de que, en los avisos sociales, durante la extensa época en que casarse con *natives*, *naps* o *gushings* era indigno, se ideaban supuestas "erratas" para ocultar el atrevimiento. Así, por ejemplo, Lamberti pasaba a ser Lambert y Ruiz, Rice. Durante muchos años, "The Southern Cross" constituyó (y aún constituye) el espacio literario de creaciones de valor irregular pero que revelan los ánimos de sus autores: la nostalgia por un país ideal acaso nunca visitado, y la heredada melancolía de quienes se sienten atrapados en un punto remoto en el que no encontraron la fortuna ni la felicidad.

Aunque recién a principios de la década de 1970 "The Southern Cross" creó un Suplemento Literario, el medio siempre recibió y publicó escritura creativa de sus lectores. De méritos literarios fluctuantes, importan como documento lingüístico en el sentido de que expresan el oleaje continuo de la lengua de los irlandeses en su relación con la vernácula, rural o urbana.

El tercer director del "The Southern Cross" fue un irlandés que había nacido en Ofally en 1862 y murió también allí en 1910, dejando un libro singular: *Tales of the Pampas*. Me refiero a William Bulfin, hombre de vasta cultura y de un afinado oído que le permitió captar y reproducir los matices de la lengua de los hiberno-argentinos. Porque eso es básicamente su volumen de relatos: el registro lingüístico de los irlandeses en el campo bonaerense. Más interesante para la socio-lingüística que para la literatura, *Tales of the Pampas* muestra el impacto del inglés de los irlandeses en el ámbito de la pampa. En lo que constituye una insólita miscelánea, en las historias de Bulfin conviven el inglés, el castellano rural de los argentinos y resabios del gaélico irlandés.

Debido a su curiosidad por usos y costumbres de los gauchos y su amor por el paisaje, su obra necesariamente se relaciona con la de R. H. Cunninghame Graham y la de Henry William Hudson. Con ellos comparte el asombro y cierta mirada de turista, y agrega el testimonio verbal de una lengua que se resquebraja en su intento por adaptarse a las nuevas circunstancias. Sus historias, en efecto, revelan que los

irlandeses llegados a la Argentina empezaban a hacer con su lengua lo mismo que con sus vidas: doblegarla, sometiendo sintaxis y léxico a los cánones del nuevo idioma.

Bulfin llegó al país a los veinte años y un tío de la congregación pasionista le encontró trabajo en el campo, experiencia de la que se nutrió para sus narraciones. Unos pocos años después se fue a vivir a Buenos Aires, convirtiéndose en colaborador del "The Southern Cross" con artículos de temas variados, entre ellos la vida de los irlandeses en el campo y la lenta desaparición de los gauchos. Firmaba con seudónimo: "Che Buono". *Tales of the Pampas* apareció en 1900 y siete años después publicó *Tambles in Eirinn*, en el que da cuenta de sus viajes por Irlanda.

Por las páginas algunas veces descuidadas de *Tales of the Pampas* circulan gauchos, irlandeses, pícaros, casamenteros, paisanas y desertores como el marino John de "A Bad Character" quien era un "camp atorrante (...) sleeping wherever he falls, and invariably making trouble around the pulperías".

Bulfin no resuelve el problema de los diálogos cuando los que hablan son criollos, y el recurso de interpolar palabras del medio rural no supera la situación, y sí atenta contra la verosimilitud de la historia. A veces, como en "Campeando", el escritor sortea esta dificultad mediante el discurso indirecto. Sin embargo, es hábil en la presentación de situaciones absurdas como sucede en "The Enchanted Toad", en la que, como en prácticamente todo el libro, vibra un humor que no solamente es verbal, según resulta evidente en "The Fall of Don José". Lo mismo ocurre respecto de las morosas descripciones de la actividad campera para la cual se requiere una iniciación, como en "El High-Life", intenso relato en el que, frente a la poderosa naturaleza, el hombre parece no más que un muñeco. La caracterización de personajes típicos de la campaña, más a través de sus dichos y hechos que por la descripción es mérito de la prosa de Bulfin. Basta recordar al personaje central de "Castro Telleth of Tavalonghi's Horse", quien también aparece en "The Defeat of Barragan", siempre admirado por el narrador.

"The Course of True Love" concentra las características de todo el libro. La historia se convierte en un microcosmos de la experiencia inmigrante de los irlandeses en el campo. Bulfin empieza contando que hay ricas zonas de pastoreo en la provincia de Buenos Aires por las que es imposible galopar sin cruzar por tierras que no pertenezcan a irlandeses o a sus hijos. Precisa que el exilio ha modificado y al mismo tiempo acentuado algo de su idiosincracia.

El clima de la acción es cómico, y malos entendidos terminarán armoniosamente. Pero lo que importa aquí –además de la conjunción de voces extrañas que conviven con el inglés (alannah, rebenque, bayo, rodeo, buck-toe, lobuno, patio, etcétera) es la recreación de un mundo transplantado que brega por hundir sus raíces en la nueva tierra.

La obra de William Bulfin es un registro importante del proceso inmigratorio

irlandés en la Argentina. Paradójicamente, fue desde la ficción que logró fotografiar una realidad que los estudiosos del fenómeno no podrán soslayar.

En 1949 Kathleen Nevin publicó en Boston una novela titulada *You'll Never Go Back*, en la que da cuenta de la experiencia de su madre como inmigrante irlandesa en la Argentina. Aunque urbana por concentrar las peripecias en la ciudad donde las jóvenes irlandesas se empleaban como institutrices, gobernantas o maestras hasta que se casaban con algún paisano, la novela incluye un episodio rural. El título se refiere a aquello que habían venido a buscar: "hacer un poco de plata lo más pronto posible para volver y ser independientes". La gran mayoría nunca volvió. La principal diferencia respecto de los textos de Brabazon y de Bulfin consiste en la actitud de Nevin hacia los "criollos": desde el vamos los personajes se muestran escandalizados por el comportamiento del nativo. Leemos frases como "Beware of the native!" que es un *leit-motiv* en el libro. La Argentina misma es considerada "a queer country". Pero tal como Bulfin, Nevin registra las curiosidades lingüísticas de los reciénvenidos: "Take the *basura* out of that and not be stinking up the whole place" (pág. 24). (...) "Come to the *sala* at once, please" (pág. 33).

En la historia prevalece un clima optimista sostenido por el capellán católico; y aunque a veces en clave cómica y superficial, la escritora se muestra agradecida hacia el país que la recibió a ella y a su gente.

Un año después de la publicación de *You'll Never Go Back*, una joven y talentosa escritora publicaba su primer libro de versos. Famosa por sus canciones e historias infantiles, María Elena Walsh (1930) desciende de los inmigrantes del proyecto de 1880: sangre irlandesa, inglesa y española corre por sus venas: "Es un chico que piensa en inglés / y una vieja nostalgia en gallego". (*Vals Municipal*).

En 1990 publicó *Novios de antaño*, sus memorias. La última sección –"La abuela Agnes"– consiste de una colección de cartas familiares relativas a la vida de los inmigrantes irlandeses e ingleses en Buenos Aires, durante la década de 1880, el mismo período que cubre la novela de Nevin. Agnes cuenta que muchos pastores irlandeses rústicos, ahora llenos de dinero, viven como aristócratas y se sienten libres de explotar a sus compatriotas. Considera el alcohol como una maldición para los irlandeses e ingleses; "The Standard" y "The Southern Cross", en fin, parecen haber sido los principales consuelos de esta pobre inmigrante.

María Elena Walsh es dueña de un español límpido y eficaz, rico en recursos estilísticos. Tal es también el caso de Rodolfo Walsh (1925-1977). Innovador en técnicas periodísticas –su *Operación Masacre* fue publicado en 1957, nueve años antes de *In Cold Blood*, de Truman Capote, considerada el primer gran ejemplo de novela no ficcional– Rudy Walsh fue también dramaturgo pero sobre todo un excelente cuentista. De entre sus narraciones breves importan ahora cuatro relatos basados en su experiencia como pupilo en el Instituto Fahy: "Irlandeses detrás de un gato", "Los oficios terrestres", "Un oscuro día de justicia" y "El 37". Estas

historias constituyen versiones reducidas de la sociedad toda. Walsh es político y crítico e irónico para con la iglesia católica, factor de poder. Según sus escritos, la vida es sustancialmente sufrimiento, y mediante el uso de un lenguaje transgresor brinda una visión profunda de la soledad, de la injusticia y del dolor. Un gran posible, Rodolfo Walsh, desaparecido en 1977, escribió que la memoria es el único verdadero cementerio.

Académico y ex profesor de la Universidad de Harvard, Enrique Anderson Imbert (1910-2000) pertenece a una generación anterior. Lejos de las cuestiones relativas a la inmigración, su interés por los irlandeses de los que descende obedece a cuestiones estéticas. Los cuentos que incumben al tema de este ensayo se inscriben dentro de la literatura fantástica: "Mi prima May" (en que se apersona un Leprechaun); "Patrick O'Hara, el libertador", en el que se compara la mitología celta con la nativa y, finalmente, "Mi hermana Rita", relato donde se sirve del folklore irlandés para crear una formidable historia. La producción de Anderson anuncia la desaparición de los argentinos irlandeses como colectividad aislada y su comunicación con esa curiosa y rica miscelánea que es la cultura argentina.

Lejos del fenómeno central de esta aproximación y mucho más argentina en su concepción y factura, la obra de Benito Lynch (1880-1951) acaso porque para él Irlanda fue un antepasado llamado Patrick Lynch, señor Lydican, natural de Galway, llegado durante el siglo XVIII, acusa, no obstante, reminiscencias de la escritura que me ocupa: el choque de dos culturas, la voluntad de encuentro de dos lenguas, la pasión por el campo y el pesimismo típico de tantos hijos de la inmigración. Lynch practicó una estética realista y dejó dos obras clásicas dentro de las letras argentinas: *El inglés de los güesos* y *Los caranchos de La Florida*. La primera de ellas, llevada al cine y al teatro, es una historia de incomunicación y soledad, de amor y de muerte, e interesa por la parodia que se hace del inglés que intenta comunicarse en la lengua rural. Como símbolo de una realidad mayor, la empresa fracasa y el final es trágico.

Otros escritores argentinos de ascendencia irlandesa integrados al país y que no necesariamente han abordado cuestiones concernientes a la cultura europea o a lo ancestral son: Bernardo Carey, narrador, libretista de TV y reconocido dramaturgo; Eduardo Carroll, poeta y narrador; Alfredo Casey, poeta, dramaturgo, ensayista y traductor de Padraic Pearse; Eduardo Cormick, autor de una premiada novela urdida en torno de la figura del Almirante Brown; Teresa Deane Reddy, narradora que mostró su interés por temas vernáculos; Guillermo Furlong, sacerdote jesuita cuya prolífica obra ha escarbado aspectos descuidados de la historia cultural de los argentinos y exhumó la obra de figuras algunas veces postergadas como la de Thomas Fields, quizá el primer irlandés que pisó Sudamérica; Patricio Gannon, viajero y conferencista; Edgar Bayley, poeta; Esteban Moore, poeta y traductor de Seamus Heaney; Luis Alberto Murray, ensayista y poeta cuyos versos más de una vez se acordaron de la Irlanda de sus antepasados; Pacho O'Donnell, polígrafo, y Ana

O'Neill, narradora que alguna vez incursionó en el género policial.

Tras esta primera incursión de reconocimiento, tendiente a detectar las características, significaciones y alcances de la lengua y de las expresiones literarias de los inmigrantes irlandeses en la Argentina y sus descendientes considero posible arriesgar algunas provisionales conclusiones preliminares.

En primer lugar, resulta evidente que la lengua fue el principal escollo para la integración de los inmigrantes irlandeses con la sociedad argentina; también resulta claro que con el objeto de organizarse y mantenerse unidos los irlandeses preservaron la lengua inglesa que, en rigor, no era la propia: consecuentemente la lengua irlandesa cumplió un papel irrelevante en el proceso; en un sentido fáctico, las fluctuaciones del inglés de los irlandeses y la lenta incorporación del castellano tienen su correlato en la incorporación de los irlandeses al país de adopción; en cuanto a la producción literaria, resultó que, primero en inglés y luego en castellano, los irlandeses y sus descendientes crearon un *corpus* de –llamémosla así– literatura hiberno-argentina, desconocida, ignorada o postergada por los académicos; en cuanto a lo demás, para las nuevas generaciones de descendientes de irlandeses el inglés es, en todo caso, una segunda lengua, y la gran mayoría de ellos se siente identificada con el país y con los altibajos que aún signan su búsqueda de identidad.

Bibliografía

A. GENERAL

1. Libros

- COGHLAN, Eduardo A. *Los irlandeses*, Buenos Aires, 1970, 32 páginas.
- COGHLAN, Eduardo A. *Los irlandeses en la Argentina. Su actuación y descendencia*, (Con un apéndice sobre la Heráldica Irlandesa, por Félix F. Martín y Herrera), Buenos Aires, 1987, 962 págs.
- KOROL, Juan Carlos y SABATO, Hilda. *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, Colección Esquemas Históricos, 1981, 210 págs.
- LANDABURU, Roberto E. *Irlandeses. Eduardo Casey, vida y obra*, Venado Tuerto, Fondo Editor Mutual Venado Tuerto, 1995, 220 págs.
- MURRAY, Thomas. *The Story of the Irish in Argentina*, New York, 1919, P.J. Kennedy & Sons, 506 págs.
- NOAILLES, Alicia de. *Eduardo T. Mulhall. Un nexa con Gran Bretaña, Siglo XIX (Edición bilingüe)*, Buenos Aires, 1970, 190 págs.

2. Periódicos

- "Fianna" 1912-1913 (Buenos Aires).
- "The Hiberno Argentine Review" 1906-1924 (Buenos Aires).
- "The Argentine Review" 1926 (Buenos Aires).

- "The Southern Cross" Colección 1875-1996 (Buenos Aires).
- "The Southern Cross" Número del Centenario. Buenos Aires, 1975, 104 págs.
- "The Standard" (Diario) Colección 1861-1959 (Buenos Aires).

B. TEXTOS ESPECÍFICOS

- ANDERSON IMBERT, Enrique. *Narraciones Completas. Volumen I*, Buenos Aires, Corregidor, 1990, 766 págs.
- ANDERSON IMBERT, *Narraciones Completas. Volumen II*, Buenos Aires, Corregidor, 1990, 752 págs.
- ANDERSON IMBERT, *¡Y pensar que hace diez años!*, Buenos Aires, Corregidor, 1994, 238 págs.
- BRABAZON, John. *Andanzas de un irlandés en el campo porteño (1854-1864)*, Traducción del inglés y Nota preliminar de Eduardo A. Coghlan. Notas del autor y del traductor. Buenos Aires, 1981, Ediciones Culturales Argentinas, 202 págs.
- BULFIN, William (Che Buono). *Tales of the Pampas*, London, T. Fisher Unwin, 1900, 248 págs.
- LYNCH, Benito. *El inglés de los güesos*, Buenos Aires, Troquel, 1980, 288 págs.
- NEVIN, Kathleen. *You'll Never Go Back*, Boston, Bruce Humphries, Inc., 1946, 226 págs.
- WALSH, María Elena. Segundo Volumen de *Canciones*, Buenos Aires, Editorial Lagos, s/f, 24 págs.
- WALSH, María Elena. *Novios de antaño*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, 342 págs.
- WALSH, Rodolfo. *Cuentos*, Buenos Aires, Biblioteca de Página 12, s/f, 60 págs.
- WALSH, Rodolfo. *Obra literaria completa*, (Nota preliminar de José Emilio Pacheco), México, Siglo XXI editores, 1981, 484 págs.

Notas

- 1 Cfr. Korol, Juan Carlos y Sábato, Hilda: *Cómo fue la inmigración irlandesa en Argentina*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1981, pág. 48.
- 2 Citado por Roberto E. Landaburu en *Irlandeses. Eduardo Casey, vida y obra*. Venado Tuerto, Fondo Editor Mutual Venado Tuerto, 1995, página 137.
- 3 "Dentro de la comunidad Argentino-Irlandesa hay muchos padres que se consiguen un Preceptor para que les enseñe a sus chicos, o los mandan a un colegio donde recibirán toda la instrucción en lengua inglesa y probablemente aprenderán la historia y la geografía de Irlanda; pero no recibirán ni una sola lección en la Lengua Nacional ni mucho menos serán instruidos en lo más mínimo respecto de la historia o geografía de su tierra de nacimiento.
Este es un gran error, un error que el chico lamentará en años posteriores, y

puede incluso ser la causa de su fracaso, ya que una apropiada educación en la lengua y la historia del propio país será siempre una ayuda para satisfacer nuestras necesidades, y muchas veces es causa del éxito en la vida. (...)

Con lo antedicho no tengo la intención de aprobar o desaprobar las acciones de padres o de quienes dirigen las instituciones, sino que es mi simple deseo reiterar las opiniones ya sinceramente expresadas de que los chicos son argentinos y que consecuentemente deberían ser educados principalmente en la lengua, etc., de su país, y que se debe inculcar en sus mentes un sagrado amor por la tierra en la que han nacido, y en segundo lugar por la de sus padres y antepasados, ya que si primero no aprenden a amar a su propio país, mucho menos amarán el de sus padres, y por lo tanto no serán ni Argentinos ni Irlandeses.” (*Traducción del autor*).

- 4 “El reverendísimo Dr. Walsh, Arzobispo de Dublín, frente a literatura objectable: Textos y tratados infieles, y poesías y novelas inmorales que minan la fe, oscurecen el entendimiento y corrompen el corazón deben ser cuidadosamente excluidos de los hogares cristianos. Los jefes de familia deben evitar que sus chicos lean diarios o periódicos que contengan materiales irreligiosos o inmorales. (...).”
- 5 “En su última entrega apareció un artículo sobre ‘Nueva Teología’. Discúlpeme, señor editor, pero yo creo que era muy elevado para nosotros, gente de campo. El Catecismo de Plunket nos alcanza. Una fábula irlandesa o una historia campera que nos haga reír el domingo por la tarde es lo que nos gusta.”
- 6 Cfr. “The Hiberno-Argentine Review” del 5 de abril de 1907.
- 7 Se busca urgente a joven niñera de apariencia vigorosa y rápida que debe ser inglesa o hablar inglés correctamente, para hacerse cargo de chico de un año. Niñeras irlandesas, abstenerse. Salario: 60 pesos por mes. Dirigirse a calle Rivadavia 3391.
- 8 Ver bibliografía.
- 9 Ver bibliografía.